

CONSIDERACIONES SOBRE LA CUESTIÓN DE LA NACIÓN. LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDEAS NACIONALES EN ARGENTINA, URUGUAY Y MÉXICO

JORGELINA LOZA

El hombre, señores, no se improvisa. La nación, como el individuo, es la culminación de un largo pasado de esfuerzos, sacrificios y devoción.

ERNEST RENAN, “¿Qué es una nación?”

MUCHO SE HA DISCUTIDO ACERCA DE la perdurabilidad de las identidades nacionales en tiempos de comunicaciones veloces e intercambios globalizados. Actualmente, los estudios que atienden las representaciones contemporáneas sobre las comunidades nacionales sostienen que no es posible anunciar su desaparición como marcos interpretativos para la vida de los sujetos.¹ Sin lugar a dudas, el amor a la patria, la identificación con una comunidad política y la construcción de significados en torno a la misma resultan aun hoy una fuente de luchas, adhesiones, estrategias y lecturas sobre el mundo. De allí la importancia de seguir pensando a esa construcción tan escurridiza como persistente.

Desde la modernidad, la idea de nación ha sido caracterizada como una comunidad que basa sus orígenes en alguno de sus elementos reconocibles (la lengua, el territorio, las costumbres, la historia, etc.), los cuales

¹ Véase A. Grimson, “Introducción”, en A. Grimson (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 8-35; E. Vernik, V. Salvi y J. Loza, “Imágenes de la nación y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la nación desde la recepción de discursos televisivos”, ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, La Plata, diciembre de 2008; y Jorgelina Loza, “Gritos urbanos en América Latina. Representaciones sobre la nación y la región en movimientos sociales de Buenos Aires y Montevideo”, tesis de maestría, IDAES-UNSAM, 2009.

han sido sostenidos como fundamento de la misma con distintos énfasis. La pregunta por sus orígenes, por las estrategias de difusión y recepción de sus componentes, así como por la participación de sus distintos integrantes, ha ocupado a pensadores de los últimos siglos. En las distintas construcciones nacionales, sus intelectuales encargaron el urgente ejercicio de preguntarse por los fundamentos de sus propias naciones, en vistas a la construcción de bases sustentables para sociedades homogéneas.

Más adelante, en el siglo xx, los teóricos de la nación comienzan a preguntarse por la *ficcionalidad* de esta idea, por su peso sobre las construcciones simbólicas de sus integrantes y por su relevancia ante un sistema mundial desigual que evidenciaba que una misma construcción no adquiere formas idénticas en distintos rincones del globo. Ello implicó asumir que en regiones como Latinoamérica, por ejemplo, la nación adquiriría formas específicas que excedían a aquellas referidas por los teóricos europeos; según ellas las naciones aparecían como construcciones ligadas al desarrollo de una burguesía moderna y a la construcción de un Estado autónomo basado en un fuerte componente cultural.

Las teorías sobre la globalización, a su vez, pusieron en duda la relevancia de la idea de nación en momentos en que las fronteras nacionales parecían difuminarse. Sin embargo, esta invisibilización de las divisiones fronterizas a partir de los nuevos tratados económicos y los avances comunicacionales, pronto demostró no atenuar el peso simbólico de las fronteras nacionales para la cotidianeidad de los sujetos. Así es que se reafirmó la relevancia contemporánea de la nación como categoría identitaria y surgieron nuevas interrogantes sobre la posibilidad de construir una descripción teórica que dé cuenta de las particularidades de todos los casos nacionales. Las nuevas preguntas a los procesos de construcción de las naciones hacen evidente la necesidad de repensar tanto sus orígenes como sus objetivos y sus protagonistas.

Es decir, es innegable que hoy siguen teniendo peso las categorías argentino, uruguayo, mexicano o francés, pero ¿en qué se fundamenta esa adscripción identitaria contemporánea? ¿Quiénes son los actores sociales con capacidad para construir discursos legítimos sobre la nación? ¿Cuál es la relación de esa construcción simbólica con los Estados y gobiernos? A lo largo de estas páginas, me propongo poner en discusión y diálogo las principales conceptualizaciones sobre la nación que se enfrentaron a tales interrogantes, para luego considerar su pertinencia en el presente, especialmente en América Latina. La importancia de abrir este debate radica en la posibilidad de ampliar el campo conceptual y terminológico existente, al que se incorporen los distintos modos y grados de las múltiples formas de asociación comunal y, al mismo tiempo, las formas en que estas prácticas son entendidas y cargadas de significados y sentidos.

Para finalizar, se revisan las ideas de nación en Argentina, Uruguay y México, en particular en las etapas determinantes, según los analistas. Se buscará retomar las principales cuestiones señaladas por los aportes teóricos de la primera parte del trabajo y avanzar en la discusión sobre la pertinencia de esas ideas en el presente de la región. Los casos aquí incluidos serán considerados exponentes de un devenir que ha ocupado los esfuerzos de los intelectuales latinoamericanos y los corazones de los habitantes de dichos países a lo largo de sus historias.

I. IDEAS SOBRE LA NACIÓN

El de *nación* es un concepto polisémico y demasiado flexible, que ha sido utilizado para señalar realidades diversas: colectividades fundadas en características étnicas, una representación mercantil, una minoría revolucionaria, un cuerpo político soberano, una comunidad religiosa o lingüística.² Sin embargo, esto no lo hace un concepto vago. Una nación no puede nunca considerarse algo dado, fijo en el tiempo. Para comprender su funcionamiento y su gestación es fundamental una teoría social que contemple su carácter de artefacto cultural, su temporalidad y la influencia de las luchas internas y externas que la constituyen. La discusión teórica sobre la nación parte de que se trata de una representación social acerca de la comunidad de pertenencia de los sujetos, que funciona como escala de sus acciones y marco de significado de sus interacciones con los otros. Se procurará identificar en la exploración teórica, primero, y en los casos particulares, después, los elementos para reflexionar sobre estos supuestos iniciales.

La nación moderna

A partir del siglo XVI se fueron consolidando en el territorio europeo sentimientos colectivos y conciencias unitarias de regiones cada vez más vastas, que empiezan a asumir una identidad nacional. Esto se vio favorecido por fenómenos como la concentración del poder en manos de un soberano y la radicación territorial de las iglesias reformadas. Las clases dirigentes políticas y culturales comenzaron a hacer uso del término nación para referir una realidad social y territorial con un perfil cultural e histórico específico.

De acuerdo al rastreo de Campi, la utilización del término nación en los textos de los siglos XV y XVI responde a la idea de lugar de origen. Sin

² Alessandro Campi, *Nación. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.

embargo, su significado es más amplio cuando se refiere a comunidades extranjeras: allí indica diferencias lingüísticas y territoriales, diversidades culturales y una continuidad histórica que “caracteriza la vida de un pueblo haciéndolo específico y diferente de los demás”.³

A partir de aquí y de las delimitaciones que las caracterizaciones por estos factores implican, la nación pasa a reconocerse, junto a tradiciones jurídicas y políticas y a la adscripción a un soberano, como un estilo de vida particular que está condicionado de distintas maneras por características geográficas y un pasado compartido, todo lo cual configura una realidad específica, con rasgos que la hacen única. De todos modos, siguiendo a Campi,⁴ pueden distinguirse tres modelos o variantes de la nación en la literatura de la época: el estatal, el cultural y el político-soberano.

El primero, la *nación estatal*, se refiere a la relación directa entre el crecimiento del poder estatal y del sentimiento nacional. La nación comienza a formarse bajo el impulso del Estado y sus exigencias de funcionamiento, y se anuncia como una “realidad social de tendencia homogénea y como esfera simbólico-cultural de pertenencia”.⁵ A partir de ese momento, el Estado como organización política tuvo la necesidad de construir un sentimiento nacional para fortalecer la cohesión interna y defender el territorio de las amenazas externas.

Los Estados dinásticos se fortalecían con la concentración del poder y la construcción de burocracias administrativas y militares. Nace aquí una conciencia de tipo cultural, que busca establecer estándares lingüísticos, de tradiciones y de derecho funcional, en un proceso de integración social con el objetivo último de formar una identidad colectiva popular. Es donde adquieren una vital importancia las historias nacionales, es decir el uso estratégico de la historiografía como proyectos estatales de construcción de relatos históricos que dieran legitimidad a la nación. En este contexto, serían protagónicas las políticas lingüísticas que tendían a homogeneizar el lenguaje popular aceptando usos provenientes de dialectos y *lenguas vulgares*. Esto se vio favorecido con la aparición de la imprenta, el nacimiento del capitalismo y las conmociones religiosas del siglo XVI.⁶

³ Campi, *op. cit.*, p. 85.

⁴ Tomaremos esta clasificación por ser útil al recorrido propuesto, aun cuando la reconocemos objeto de debates y consideraciones. Campi propone una tipología entre ideas sobre la nación relativas al momento de constitución de los Estados modernos europeos, asumiendo que es el momento de nacimiento del sistema global de Estados Nación. Véase Michael Billig, *Banal Nationasliism*, Londres, SAG, 1995.

⁵ Campi, *op. cit.*, p. 93.

⁶ Véase Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1991; y Campi, *op. cit.*

La evolución de las monarquías hacia el absolutismo confirma la idea de que los cuerpos nacionales que se buscaba construir no estaban tan alejados de la figura del soberano, quien era el último garante de que la nación sobreviviera. De todos modos, la constitución de estas naciones como estructuras culturalmente homogéneas con una historia propia obligaba al soberano a respetar cierta autonomía, que el absolutismo monárquico ponía en juego. Es así que en la fase histórica que corresponde a la lucha contra el absolutismo es cuando la nación se convierte en un límite impuesto al Estado y adquiere una connotación simbólica y política nueva.

La segunda variante de descripción de la nación en la Modernidad es la *nación cultural*, que se refiere a una comunidad popular basada en la cultura, la lengua y las tradiciones históricas. Esta comunidad se proclama a sí misma como una esfera de identidad cultural con raíces anteriores a la consolidación de la administración estatal y que aparece como carente de poder político.

La nación estatal, al concebirse como producto del sistema político, puede entenderse como la autoconciencia de las clases dirigentes que se asumen poseedores de la voluntad pública.⁷ Frente a este posicionamiento, una mirada más humanista, como es la de la nación cultural, se propaga como un paradigma teórico que va a oponerse al formalismo del anterior y al voluntarismo del francés. Con origen en Alemania y con Johann Gottfried Herder como su principal impulsor, este concepto de la nación la ubica como una realidad orgánica que, para los sujetos que la componen, representa un estado natural del que dependen tradiciones y caracteres que no pueden cambiarse de acuerdo a las estructuras políticas. No sólo se superpone con el Estado en cuanto que éste se considere el poseedor de la soberanía, sino que se define como un sistema de relaciones afectivas y sociales independientes de aquél, e incluso más duradero y estable. De este organismo vivo que es la *Kulturnation* se derivan las características esenciales de los hombres. Ninguna nación permanece estática, todas se caracterizan por un dinamismo intrínseco, pero que no puede modificar su esencia moral. La lengua es aquí el patrimonio inalienable de cualquier comunidad y factor diferenciador entre las mismas. El paradigma herderiano se prestó a múltiples interpretaciones debido a sus ambigüedades y puntos oscuros, pero su núcleo ideológico tuvo un fuerte eco en Europa central, donde la escisión entre identidad nacional y Estado era evidente.⁸

El último modelo, *nación política soberana*, procede del paradigma voluntarista francés del siglo XVIII en el que la nación es una unión voluntaria

⁷ Campi, *op. cit.*

⁸ *Loc. cit.*

de ciudadanos que es entendida como fundamento exclusivo del Estado y que está dotada de un perfil político-jurídico autónomo. Al coincidir con el Estado, establece una variante al modelo de la nación estatal, ya que postula un principio de legitimación del poder desde abajo. El principal exponente de esta variante fue Jean-Jacques Rousseau, quien, a pesar de coincidir con Herder y los románticos en una actitud antirracionalista y antiiluminista, fue un poco más allá al apelar a la voluntad –antes que a la historia o a la naturaleza– como factor fundador de la nación política. Sin embargo, en sus escritos *nación* y *patria* suelen utilizarse como sinónimos y confundirse, y se observa en su obra cierta nostalgia por la vida comunitaria anterior al progreso institucionalista.⁹

Es un tanto complejo determinar una idea de nación unívoca en la obra de Rousseau, dado que, por un lado, reconoce la diversidad cultural de los pueblos y la individualidad histórica de cada uno, al mismo tiempo que, por otro, resalta la importancia que tienen las instituciones, la educación, la voluntad y la acción política producto de una identidad común en el fortalecimiento y resguardo del carácter nacional. Para salvaguardar la nación, entonces, la voluntad política deberá adaptar el sistema de gobierno y las instituciones a las características particulares de ese pueblo. Parecería poder ubicarse aquí un corte en la cronología histórico sentimentalista de la idea de nación, para decir que es con Rousseau que esta idea se va a arraigar en el terreno de la lucha política. Sin embargo, esta posición fue completamente difundida entre los pensadores de la época.

Después de los distintos usos semánticos que la Revolución francesa de 1789 asigna a la nación, en el siglo XIX se convierte en un concepto global e inclusivo: cada vez más, tiende a coincidir simbólica y físicamente con el pueblo. Los términos *pueblo*, *Volk*, *peuple*, *common people*, etcétera, adquieren un valor positivo y dejan de designar a las masas populares amorfas; las convierten en un sujeto político compuesto de ciudadanos. La nación ofrece una respuesta sólida a la desintegración política producto de la caída de los absolutismos y se tornan un potente factor de integración sociocultural y de construcción de identidades colectivas. La nación en el siglo XIX debe poder mostrarse como algo objetivo y permanente, como una realidad profunda arraigada en el corazón de los sujetos, que debe ser traída a la luz. Los continuadores de los primeros románticos enfatizarán (especialmente para el caso alemán) la misión universalista de la nación desde una visión mesiánica de la política, en una idealización del pasado y exaltación de la unidad lingüística.

Es destacable, en este sentido, la producción intelectual de Johann Fichte, donde la misión universalista de Alemania es exaltada. Es necesario des-

⁹ *Loc. cit.*

pertar el sentimiento de pertenencia de todos los alemanes, ya que será la liberación de esta nación, mostrando su papel vanguardista dentro de la humanidad, la que liberará al resto del continente. La fuerza de la nación alemana reside en el pueblo, aquellos que no emigraron de sus tierras de origen y en su unidad lingüística. Pero un pueblo no es una nación; para llegar a serlo debe tomar plena conciencia de lo que se es y de lo que se comparte con los otros, incluso en términos de destino.¹⁰

Aunque para Fichte la nación lingüística cultural no necesita de las instituciones para sobrevivir, otros teóricos de su época –como Jahn y Ardt–, que coinciden en destacar la superioridad alemana, señalan que la nación debe encarnarse en un marco político administrativo. La idea de nación se vuelve cada vez más coincidente con la política de poder del Estado y cada vez más ideológicamente orientada en sentido nacionalista, radicalizando su sentido político. Estos aspectos son observables en la obra de Friedrich List, quien señala el carácter nacional de las economías desde su crítica a Adam Smith, dado que cada economía debe desarrollar sus propias fuerzas hasta ser lo suficientemente autónoma como para competir con las otras naciones. La libertad de las naciones depende, entonces, no sólo de su espiritualidad, sino también de su poder económico.

La nación, que seguirá siendo entendida como una unidad orgánica etnopolítica y sociolingüística, se cerrará dentro de los límites estatales, planteándose como sujeto absoluto de la historia. A esta concepción puede sumarse, en el mismo periodo, una idea orientada más desde lo histórico cultural, que ve a la nación como algo a conquistar y afianzar en el presente, en la que la apelación al pueblo tiene que ver con la autodeterminación colectiva como el principio común de toda la humanidad.

Por su parte, Ernest Renan sostuvo,¹¹ en un discurso enunciado en la Sorbona en 1882 que se convertiría luego en un clásico, que la nación constituye un principio espiritual basado en dos grandes fundamentos: el olvido de su origen violento y la voluntad de estar juntos. Una nación es diferente a una raza, un grupo étnico o un grupo lingüístico, un grupo religioso o un conjunto de personas determinado espacialmente. El hecho de sustentar la construcción del espacio político con la naturaleza y la raza corre el riesgo de direccionarla hacia la hegemonía y la supremacía, que desembocará en guerras de exterminio entre las naciones. Frente a un orgullo nacional herido por la pérdida de Alsacia y Lorena, Renan enuncia la existencia de naciones basadas en la legitimidad popular antes que

¹⁰ Johann Fichte, *Discursos a la nación alemana*, Buenos Aires, Americalee, 1943.

¹¹ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”, en A. Fernandez Bravo, *La invención de la nación*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 53-66.

monárquica. Los derechos nacionales son atribuidos entonces a grupos naturales determinados por la raza, la historia y la voluntad de las poblaciones, donde la individualidad debe establecerse por el consenso, por la voluntad de los pueblos de vivir juntos. La nación será, para Renan, según una fórmula recordada y discutida aun hoy, un plebiscito cotidiano.

En efecto, además de la voluntad, la nación requiere de la aceptación de la historia y el olvido. La memoria de las naciones debe ser selectiva y parcial. Fruto de la combinación de azar y factores políticos, la nacionalidad no responde a los factores objetivos que los teóricos de la nación tradicionalmente han expuesto (raza, lengua, religión). Como nación, se tiene un futuro si se posee un capital social producto de una acumulación histórica. La existencia y duración de la nación dependen de la conciencia moral de los hombres que la habitan y se reconocen en ella, que decidirán cuándo y hasta cuándo serán una nación. No existen determinismos, la nacionalidad tiene aquí un carácter puramente electivo. Las enunciaciones de Renan fueron criticadas en cuanto ambiguas y demasiado abiertas; contrastan por un énfasis historicista y el voluntarismo romántico que prevalece en ellas, además de caer en un excesivo subjetivismo.¹²

Los pensadores que revisaron a Renan también señalaron la necesidad del olvido que el autor francés destaca. Elías Paltí resaltó que el olvido es condición para la existencia de la nación, a la vez que prueba de la misma.¹³ El énfasis en la voluntad subjetiva tiene que ver con la imposibilidad de definir parámetros para la nación, pero presupone que existan formas objetivas de organización social que sostengan esa voluntad, las cuales a su vez se apoyan en esos elementos subjetivos para garantizar su perdurabilidad. Renan muestra esta doble composición de la nación, aunque es retomada de forma más explícita por sus seguidores, quienes destacaron la *circularidad* permanente, es decir, una interacción fluida y sostenida, entre lo subjetivo y lo objetivo, entre el pasado y el futuro que el primero había señalado.

En cuanto al futuro, se sostiene desde esta perspectiva que los integrantes de una nación deberán compartir la idea de un mismo programa a realizar y el deseo de preservar la nación en el tiempo. Es en ese sentido que Max Weber¹⁴ pareciera no descartar la conformación de una nación con base en ciertos “bienes culturales”, entendiéndola como una *comunidad*

¹² Erik J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.

¹³ Elías Paltí, “La nación argentina entre el ser y el acontecimiento. La controvertida plasmación de una visión genealógica del pasado nacional”, en G. Palacios (coord.), *La nación y su historia. América Latina, siglo XXI*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 17-37.

¹⁴ Max Weber, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1991.

de cultura que necesitará una comunidad política que la sustente para su permanencia en el tiempo.

La nación en el siglo xx

Durante el siglo xx, las naciones comenzaron a ser cuestionadas en tanto artefactos. Pensadores constructivistas destacan su carácter ficcional; se proponen desandar el camino de grandes entramados simbólicos y arraigados relatos históricos sobre la nación. De acuerdo con esa línea de pensamiento, la nación no existe desde siempre, sino que es una realidad histórica contingente que aparece en escena de manera estable en el siglo xviii. El nacionalismo resulta aquí prioritario con respecto a la nación –entendida como colectividad estable y como realidad histórica objetiva–, dado que es el nacionalismo el que crea a la nación. Como exponentes de esta corriente, pueden mencionarse a Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, quienes intentan rastrear los elementos que permitieron el nacimiento del nacionalismo y la consiguiente invención de una tradición e identidad nacionales.

Se destaca el citado trabajo de Benedict Anderson, quien establece a la nación como una “comunidad política imaginada”: los sujetos imaginan al resto de los integrantes como condición para formar parte de ella, con que se constituye una comunidad horizontal. Para aceptar la existencia de pluralismo dentro de la misma y permitir la convivencia, la nación se imagina soberana. Los contenidos simbólicos de la nación son difundidos desde el aparato estatal hacia sus integrantes, favorecido por el surgimiento de la imprenta y los medios de comunicación modernos. Si bien estas ideas confirman la condición ficcional de las naciones, no deja ver el carácter conflictivo de su constitución, proceso en el que amplios grupos de sujetos quedan excluidos.

Al iniciar su crítica al trabajo de Anderson, Renato Rosaldo se pregunta si la categoría de nación en sí misma no se ha vuelto obsoleta en un mundo que muestra a gritos las diferencias entre incluidos y excluidos.¹⁵ La continua duda en su digresión considera el modo en que puede resolverse la discusión intelectual sobre al concepto de nación para que considere en su interior a identidades desiguales y en permanente conflicto. Afirma que es necesario tener en cuenta que las comunidades de filiación identitaria y las

¹⁵ Renato Rosaldo, “Reimaginando las comunidades nacionales”, en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 191-202.

naciones como tales están en permanente reconsideración y sus límites no están definitivamente resueltos. Las cuestiones relativas a las identidades nacionales aparecen como ficcionales, pero al mismo tiempo como ámbitos de negociación, lucha por el poder simbólico y conflicto. Sin embargo, tener en cuenta este carácter ficcional no implica, de ningún modo, desestimar la fuerza de la nación como artefacto cultural. Destaca Rosaldo, entonces, siguiendo la línea de Norbert Elias, que éstas se refieren a procesos históricos que no pueden analizarse separados de los contextos en que nacieron y se desarrollaron.¹⁶

La pregunta que subyace en estas críticas a un texto ya clásico de la teoría sobre nación, inquiriere la posibilidad de ser ciudadano de ella, aun siendo diferente al todo que la nación promueve y reproduce. Esta pregunta se refiere más profundamente a los márgenes de acción de los sujetos frente a nacionalismos que son construidos en procesos históricos de los que no han formado parte. Los sujetos que se identifican como excluidos construyen estrategias de (re)definición de sus filiaciones a un todo nacional, estrategias que se hallan en constante negociación con las ficciones “oficiales”, por así decirlo. Concluye Rosaldo: “La filiación a las comunidades nacionales imaginadas parece ser un contrato que requiere constante renegociación. Vale la pena preguntar quién fue invitado a la fiesta y quién no”.¹⁷

Norbert Elias toma el concepto de *hábitus nacional* para adentrarse en esta discusión sobre la construcción de las identidades nacionales. El hábitus aparece para Elias como contingente, vinculado al proceso de conformación del Estado en el cual se inserta y no fijado naturalmente. Así, los destinos de las naciones se cristalizan en instituciones que deben asegurar que personas diferentes dentro de una misma sociedad adquirirán las mismas características y entonces poseerán el mismo hábitus nacional.¹⁸

Este proceso es el que Étienne Balibar llamará de *etnificación*. De acuerdo con este autor, las naciones no poseen una base étnica natural, sino que las poblaciones que van quedando bajo la influencia de un Estado Nación van construyendo (desde la participación en instituciones estatales destinadas a la construcción del pueblo) un efecto de unidad que difunde la sensación de conformar un pueblo. En este proceso, las diferencias entre los sujetos se suprimen o minimizan, de modo que resalten las diferencias con los “otros” que no pertenecen a esa nación. Las comunidades se asumen naturales, como si poseyeran una misma identidad de origen que trasciende individuos, momentos históricos y condiciones sociales: “las fronteras exte-

¹⁶ *Loc. cit.*; y N. Elias, *Os alemães*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997.

¹⁷ Rosaldo, art. cit., p. 201.

¹⁸ Elias, *op. cit.*

riores tienen que imaginarse permanentemente como la proyección y la protección de una personalidad colectiva interior, que todos llevamos dentro y que nos permite habitar el espacio y tiempo del Estado como el lugar en el que siempre hemos estado, en el que siempre estaremos en casa”.¹⁹ Lo cierto es que estas ficciones o categorías analíticas llegan a constituirse en elementos de una enorme fuerza para la vida cotidiana de los sujetos, cristalizándose como una realidad inmodificable y obligatoria. Pero para la construcción de este sentido de pertenencia, no es suficiente la existencia del grupo en sí mismo ni la relación entre sus miembros, sino que hace falta, retomando a Weber y Balibar, un sentido de pertenencia compartido. En los grandes grupos como las naciones, es este sentimiento el que prima por sobre la conexión entre los sujetos. Será más adelante cuando el componente subjetivo adquiera mayor relevancia en las teorizaciones sobre la nación.

En las últimas décadas del siglo xx, en que la nación se convirtió en un objeto de análisis científico importante, emergieron distintas corrientes que resultan de difícil categorización. Además de la tendencia constructivista que detallamos, sobresale actualmente en el campo de los estudios sobre nación la corriente etnosimbólica. Aun cuando sus aportes sean claramente significativos, la perspectiva constructivista no explica por qué los hombres tienden a reconocerse con tanta fuerza con la nación, siendo ésta una construcción histórica. La corriente etnosimbólica sostiene que por más artificiales que las naciones sean consideradas, para su arraigo deben estructurarse sobre un patrimonio sólido y compartido de mitos, relaciones, valores y símbolos, típico de una comunidad que esté asentada en un territorio. Anthony Smith afirma que la aparición de las comunidades políticas nacionales es posterior a la existencia de comunidades étnicas de base territorial, con identidades colectivas sostenidas en complejos simbólicos.²⁰

La nación en el presente (latinoamericano)

Las preguntas sobre la sostenibilidad de las grandes ideas nacionales, aun revelada su ficcionalidad, adquiere mayor fuerza frente a conflictos raciales y étnicos contemporáneos. Los pensadores poscolonialistas tratan especialmente con contextos violentos; lanzan a la arena teórica la pregunta acerca de los actores de la construcción de esas ideas y la posibilidad de la existencia de representaciones contrapuestas frente a símbolos que se evidencian

¹⁹ Étienne Balibar, “La forma nación: historia e ideología”, en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid, ICALPE, 1991, p. 147.

²⁰ Campi, *op. cit.*

ambiguos y excluyentes. En ese sentido, Chatterjee describe la conformación de los Estados Nación modernos como procesos en los que discursos diferentes compiten entre sí, hasta que un discurso elitista logra dominar una alianza nacional que lo asumirá como tarea histórica, excluyendo a movimientos subalternos de esa coalición de poder. Así, afirma la posibilidad de que existan nacionalismos anticoloniales capaces de construir “espacios de soberanía” en el campo espiritual, por fuera de la batalla política.²¹

Esta postulación sigue en la misma línea de la propuesta teórica de Mallón en sus estudios sobre la conformación de sentimientos nacionalistas en los campesinados peruano y mexicano. Éste sostiene que es posible analizar manifestaciones nacionalistas por fuera del Estado, que deberán entenderse como analíticamente diferentes pero históricamente conectadas.²² Asumir que no existe una sola versión “real” del nacionalismo implica ampliar la mirada a manifestaciones que exceden los proyectos burgueses y que negocian constantemente con los mismos, bajo la premisa de una ciudadanía inclusiva, asumiendo que los sectores subalternos participen activamente en la construcción de las ideas nacionales.²³

En América Latina ya constituye un consenso afirmar que los Estados modernos de la región emergen de un proyecto comunitario a partir de la existencia de sociedades pre-nacionales, es decir, de grupos con algún grado de similitud cultural, pero baja significación política. Los Estados articulan particularismos, localismos y relatos históricos para construir un nuevo mundo social y simbólico compartido por un pueblo que se identificará con ese imaginario.²⁴ Sin embargo, en la actualidad resulta urgente preguntarse por los actores que forman parte de dicha construcción y los efectos de la recepción de aquellos del discurso nacional promovido por el Estado.

Se puede partir de entender que la identidad nacional remite a la dimensión ideológica de la pertenencia a una nación, en tanto grupos sociales diferenciados comparten una idea de organización social que es primariamente transmitida por la clase dominante. Es importante no perder de vista que las identidades preexistentes entonces incluidas dentro del

²¹ Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Clacso/Siglo XXI, 2008, p. 93.

²² Florencia Mallón, *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*, México, Ciesas / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán, 2003.

²³ H. Achugar, “Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI”, en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*, Bogotá, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 75-92; y Mallón, *op. cit.*

²⁴ José Valenzuela Arce, “Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes”, en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 49-66.

nuevo marco nacional promovido por el Estado y sus intelectuales orgánicos construirán una representación de un *nosotros* que luego cobrará diversas formas de acuerdo a cómo lo asimilen y expresen los distintos grupos sociales y territoriales. Ese proceso de encuentro de elementos pertenecientes a varias identidades culturales, definidas por las clases dominantes pero interiorizadas por los demás grupos sociales, es el que podrá dar lugar a la existencia de una *cultura nacional*.²⁵ Esta última ha sido y será el centro de las apelaciones del Estado nacional, en la búsqueda de consensos, así como de las diversas expresiones nacionalistas que propongan mecanismos de resistencia y transformación social. Ahora bien, luego de este recorrido teórico queda expuesto que la identidad nacional, aún vigente, no puede seguir siendo pensada como la expresión de una sola cultura homogénea y coherente.

La pregunta acerca de los actores del (nunca acabado) proceso de construcción nacional y de su transmisión parece ser el aporte principal de los pensadores que Grimson llamó *experiencialistas*. Éstos destacan la sedimentación de los procesos históricos que los constructivistas señalan en la configuración de elementos culturales que los sujetos comparten. La nación deja de ser aquí un proceso puramente simbólico, para entenderse como un producto del *proceso social total*.²⁶ Este proceso social muestra, a la luz de esta perspectiva, que existe en su interior cierta heterogeneidad ideológica, que de todos modos desarrolla un campo de lo posible, una lógica de interrelación entre grupos internos y con grupos externos, un lenguaje común y otros elementos culturales compartidos.²⁷ Este conjunto de personas desiguales comparte una serie de experiencias históricas que son constitutivas de los modos de acción, cognición, imaginación y sentimiento que desarrollan. Es decir, la discusión sobre la nación se ha movido de los elementos que fundamentan su existencia, hacia el proceso histórico de su construcción, transmisión, recepción y sostenibilidad.

Los casos nacionales que a continuación se exponen presentan ciertas continuidades y varios particularismos, sin debilitar su permanencia y fuerza presente, evidente a los ojos de observadores sensibles.

II. IDEAS NACIONALES EN AMÉRICA LATINA

El análisis de los procesos históricos de construcción de las naciones latinoamericanas requiere sostener una mirada deconstructivista, pero sin perder

²⁵ *Loc. cit.*

²⁶ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.

²⁷ Grimson, "Introducción".

el foco en la experiencia que sus actores atravesaron y atraviesan. Estas formaciones nacionales comparten un origen moderno y han atravesado momentos similares que permiten pensar en ciertas uniformidades. Sin embargo, también es posible encontrar fuertes diferencias en los entramados identitarios de las naciones latinoamericanas, algunas de las cuales siguen siendo resaladas por sus integrantes en vistas a afirmar la autonomía de sus pueblos.

A su vez, la reflexión sobre la región latinoamericana ha mostrado ser inseparable, para sus teóricos e intelectuales, de esa reflexión sobre las propias filiaciones nacionales. La idea de América Latina se relaciona de forma directa con las ideas de nación que contiene y que la constituyen, y viceversa. La mayor parte de las veces, la idea de Latinoamérica abarca un proyecto *internacionalista*, es decir, la idea de una región integrada por naciones en contacto entre sí. Como afirma García Canclini, desde el siglo XIX se ha venido buscando lo nacional de la región,²⁸ lo latinoamericano. Muchas veces se rescataba la condición indígena previa a la Conquista y, en otras ocasiones, se destacaba la uniformidad del devenir histórico de la Colonia a la actualidad. En este sentido, “la nación aparecía como la unidad integradora en la que se organizaban y ‘resolvían’ las diferencias y fracturas”.²⁹

En esta sección, se revisan los procesos de construcción de tres naciones latinoamericanas: Argentina, Uruguay y México. Estas descripciones se apoyan en el marco teórico, en permanente discusión, que expusimos en la sección anterior.

Naciones alejadas de Latinoamérica: Argentina y Uruguay

Las similitudes y puntos de acercamiento entre Argentina y Uruguay dan cuenta, en un inicio, del devenir histórico de las naciones de la región. La lenta construcción de una identidad autónoma por parte de los criollos al momento de establecer posiciones con respecto de las potencias de ultramar, en tiempos de la Colonia, parece ser el momento inicial para la mayor parte de las naciones modernas nacidas en suelo latinoamericano. La formación de esta identidad se construyó sobre la exclusión de otros grupos sociales, con los que habían compartido el territorio. En este periodo, era justamente la exaltación de las riquezas naturales el elemento que permitía reforzar el sentimiento de identidad del grupo.³⁰

²⁸ Néstor García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

²⁹ *Ibid.*, p. 35

³⁰ Jorge González, “Introducción”, en J. González (ed.), *Nación y nacionalismo en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia / Clacso, 2007, pp. 7-28.

En un segundo periodo, en la primera mitad del siglo XIX, se comienzan a formar los Estados nacionales como unidades administrativas y a perfilarse las fronteras de esas formaciones. Es una constante en casi toda la región la elección y puesta en práctica de formas republicanas de gobierno, como una decisión anterior a la conformación de los grandes proyectos nacionales. La nación era entendida, aquí, como una comunidad política desde la que emanaba el poder legítimo y los elementos culturales aglutinantes.³¹ La construcción de un mito nacional y la exaltación de una cultura pretendidamente homogénea comienzan a perfilarse en esta etapa; se delinean políticas inclusivas, pedagógicas. La segunda mitad del siglo XIX podría caracterizarse por los esfuerzos de estos países de alcanzar una modernización material. En Argentina y Uruguay, particularmente, esta etapa coincide con las primeras oleadas de inmigración, que sin dudas influyeron las formas organizativas económicas, políticas y sociales de entonces. Aquí empiezan a observarse los conflictos entre grupos hegemónicos por sostener el fundamento último de la pretendida tradición nacional.

Las naciones uruguaya y argentina son categorizadas por Darcy Ribeiro como *pueblos transplantados*, en tanto que tienen su origen en corrientes migratorias europeas que llegan al continente americano después de las independencias. Para ese entonces, los primeros pasos en pos de la construcción de un Estado Nación ya estaban dados: los indígenas ya habían sido perseguidos y masacrados y los territorios más fértiles habían sido destinados a producciones de materias primas. Sobre un complejo étnico que incluía a mestizos e indígenas se instalan las oleadas de inmigración europea, que se incorporan a estilos de vida rurales y urbanos ya desarrollados en ambas naciones. Esta interrelación entre lo existente y lo recién llegado dio origen a una nueva etnia nacional, predominantemente europea, con un claro perfil de *pueblo transplantado*.³² No se formaban grupos culturales aislados, sino que todos se asimilaban (en respuesta a acciones más o menos violentas) para conformar las proto-nacionalidades en que se integraban.

A inicios del siglo XX sobrevienen acciones de relegitimación del proyecto nacional. La nación comienza a ser definida en términos culturales por el Estado y por ciertas corrientes intelectuales, hasta ser presentada como anterior a toda organización política.³³ La existencia de una clase dominante que asume una postura en inicio europeizante es uno de los puntos

³¹ Hilda Sabato, "República y nación en América Latina: notas breves sobre una historia turbulenta", en J. Nun y A. Grimson (comps.), *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

³² Darcy Ribeiro, *As Americas e a civilização. Processo de formação e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*, São Paulo, Companhia das Letras, 2007.

³³ Sabato, art. cit.

de coincidencia en lo que hace a los inicios de la nación. En los dos casos, las oposiciones históricas se fueron resolviendo con luchas y pactos entre las oligarquías terratenientes y las élites urbanas. Tanto en Argentina como en Uruguay, las ciudades capitales luchan por constituirse como los lugares autónomos desde los que se tomen las decisiones principales en lo relativo al devenir de los países, proclamándose como los “centros difusores de una civilización auténtica”.³⁴ Este matiz centralista dio una configuración particular a esas naciones, que se verá plasmada en las percepciones de sus habitantes aun hoy.³⁵ El proceso de educación masiva nacionalista se había completado alrededor de 1880 con la institucionalización plena de un régimen constitucional en cada uno de los países, dentro del cual las provincias internas quedan subyugadas y se implanta una duradera concentración de tenencia de la tierra.

La implantación de capitales europeos y de mano de obra inmigrante otorgó ventajas a ambos países, que iniciaron un periodo de décadas de prosperidad que permitió desarrollar una infraestructura productiva acompañada de una rápida urbanización. Más tarde, en tiempos de crisis económicas mundiales, como el de entreguerras, ambos países se enfrentan a la oportunidad de construir fuerzas propias en pos de un proceso de industrialización. Se conformó un proletariado fabril y los inicios de lo que sería una amplia clase media, característica de las formaciones sociales de ambos países. El siglo xx se caracteriza por evidenciar esfuerzos por llevar adelante construcciones políticas autónomas frente a un mundo en el que el capitalismo se muestra en franca expansión. Las naciones de América Latina buscan estrategias para un desarrollo nacional desde una posición periférica con respecto al resto del mundo.³⁶

En Argentina el proyecto nacional transita por posiciones divergentes en las décadas siguientes a las luchas emancipatorias, que postulaban formas opuestas de gestionar un territorio vasto y aún habitado por masas indígenas que estaban excluidas del proyecto organizador. La Generación

³⁴ Ribeiro, *op. cit.*, p. 411.

³⁵ J. Loza, “Las naciones rioplatenses: la construcción de percepciones contemporáneas sobre la nación en militantes uruguayos y argentinos”, *Revista de Ciencias Sociales*, año 2, vol. 2, 2011.

³⁶ Las grandes corrientes intelectuales que pensaban a la región en esa época, la desarrollista y la dependencista, separaban sus aguas de acuerdo a la importancia que otorgaban a la autonomía con respecto a las potencias para el desarrollo de las naciones latinoamericanas. Así, aun cuando coincidían en la condición subordinada de los países de la región frente a las potencias industrializadas, el desarrollismo proponía ponerse a tono con las innovaciones tecnológicas de los países desarrollados, mientras que los teóricos de la dependencia abogaban por una salida nacionalista y culturalmente autónoma (García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*).

del 80 es un ejemplo de la promoción de una unidad cultural desde el campo intelectual, con obras que resaltan el carácter único e insoslayable de la *argentinidad*.³⁷ Se evidencian, a fines del siglo XIX, los conflictos referidos a la aparición de los sectores sociales que no habían sido incluidos en un proyecto nacional que se evidenciaba, desde sus inicios, como excesivamente centralista. Aparecen las primeras evidencias de los efectos del proyecto estatal de construcción de una nación, cuando sectores sociales diversos reclaman participar en la configuración cultural de la nación. Dentro de la primera mitad del siglo XX, en Argentina preocupan las masas de inmigrantes provenientes del aluvión migratorio transatlántico, con que se proponen programas estatales de educación masiva con fines patrióticos, como un modo de conducir a esas clases oprimidas. Es aquí cuando renacen las preguntas acerca de la existencia y caracterización de una nación argentina y se la ubica nuevamente en el centro de las preocupaciones políticas e intelectuales. Así es que se aprueba la Ley Sáenz Peña (1912), que establecía el voto masculino universal obligatorio como forma de ampliar la ciudadanía.

Estos esfuerzos democratizadores condujeron, en Argentina, a la formación de un nuevo sujeto político: el pueblo. Los aluviones poblacionales otorgaban a las naciones, o a sus capitales, al menos, un matiz cosmopolita que conducía a promover la construcción de un nacionalismo cultural que se fundaba en el campo intelectual. La búsqueda de *lo argentino*, el problema de la nacionalidad, se instala como preocupación central desde los festejos del Centenario.³⁸ La construcción de este nacionalismo cultural, que postulaba una reflexión sobre la raza, el territorio, el pasado, la cultura, se cristalizó en mitos constitutivos de lo que se considera el núcleo de la representación sobre lo nacional. Esta reflexión, al mismo tiempo, deviene acción en tanto que plantea un proyecto a futuro. Más tarde, en momentos de crisis económica mundial, la institucionalidad será asumida, desde el gobierno radical, como garantía para sostener el complejo panorama nacional. La Crisis del 30 profundizó los antagonismos sociales que la sociedad argentina visualizaba, pero al mismo tiempo fortalecía a la nación como “principio de legitimidad política y base discursiva de interpelación a la unidad de los opuestos”.³⁹

³⁷ Óscar Terán, “Representaciones de la deriva argentina”, en J. Nun y A. Grimson (comps.), *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.

³⁸ Patricia Funes, “Nación, patria, argentinidad. La reflexión intelectual sobre la nación en la década de 1920”, en W. Ansaldo, A. Pucciarelli y J. Villarruel (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

³⁹ *Ibid.*, p. 160

En el siglo xx se desarrolla en Argentina un revisionismo que pone en duda la verdadera inclusión de todos los sectores sociales en la elaboración de un proyecto de nación y que rescata, en corrientes intelectuales que se inician a mediados del siglo, la existencia de un interior auténticamente nacional en contraposición a un Buenos Aires altamente extranjerizante.⁴⁰ Al mismo tiempo, la legitimidad del discurso sobre lo nacional entra en discusión cuando distintos actores intentan detentar dicho discurso sobre la argentinidad. En paralelo a la intelectualidad revisionista, el Ejército se postula a sí mismo en esta época como la única institución capaz de salvar a la patria frente a sus posibles enemigos.⁴¹ Este discurso militar quedó asociado a lo nacional en Argentina durante todo el siglo xx, con efectos de poder y diferenciación que a la fecha se palpan en los discursos de los sujetos.⁴²

El proceso democratizador posterior a la última dictadura (1976-1983) y la profunda crisis económica que comenzaba en la década de 1990, vuelven a poner en debate la idea de nación argentina, en un contexto intelectual caracterizado por el revisionismo histórico y el cuestionamiento de elementos culturales solidificados. Los proyectos integracionistas transnacionales que se instalan discursivamente con más fuerza a inicios del siglo XXI acercan a la construcción siempre en proceso de la argentinidad a un devenir latinoamericano del que muchas veces –fundamentado en su importante componente inmigratorio, de origen europeo mayoritariamente– pretendió separarse.

El proyecto nacional uruguayo nace, al igual que en otros países hispanoamericanos, como una iniciativa política antes que como una reivindicación comunitaria. La urgencia del proyecto independentista del siglo xix se basaba en la definición de las fronteras, territoriales, jurídicas y culturales. En las últimas décadas del siglo xix se evidenció un impulso modernizador, marcadamente capitalista, y se establecieron los rasgos identitarios que aún componen la idea nacional del Uruguay. A su vez, las primeras grandes oleadas inmigratorias y los procesos imparable de urbanización demandaban respuestas integradoras, que incluían una reforma escolar y de las estructuras del Estado en consonancia con este proyecto.⁴³ La definición de

⁴⁰ Terán, art. cit.

⁴¹ Luis Fanlo, “Emergencia de la matriz militar-discursiva argentina: el discurso de Leopoldo Lugones”, en *Discurso y argentinidad*, publicación electrónica de la Cátedra Sociología de la Argentinidad, año 1, núm. 1, Buenos Aires, 2007, pp. 2-30.

⁴² Grimson, “Introducción”; Vernik, Salvi y Loza, “Imágenes de la nación y la globalización...”.

⁴³ Gerardo Caetano, “Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.

las fronteras con los grandes vecinos de los uruguayos hizo que prevaleciera un discurso nacionalista, dispuesto a rescatar los rasgos constitutivos de una *orientalidad*, exaltada por un grupo de pensadores *nacionalistas*, que primaba por sobre los proyectos de los intelectuales *integracionistas* (que fueron considerados *uruguayistas*, por oposición a los anteriores, y que sostenían una mirada cosmopolita sobre la identidad uruguaya⁴⁴). El proyecto político incorpora aquí a una intelectualidad que contaba con apoyo estatal y que asumió, “en una clave misional, esta idea de confirmar la nación desde la historia, desde la novela, desde el ensayo, desde la escuela”.⁴⁵

Durante los inicios del siglo xx se completó el modelo de identidad nacional. Se consolida un modelo económico de desarrollo y se definen políticas demográficas que plantean esquemas uniformizantes y perdurables, en una apuesta a un país pequeño pero autosuficiente.⁴⁶ La reforma del Estado y la formación de un sistema de partidos moderno llevaron al arraigo de una cultura política republicana aún visible. Los partidos políticos funcionaron como los garantes de la incorporación de las masas migrantes al sistema político, construyendo una matriz que postula que ser *uruguayo* significa ser un *ciudadano*.⁴⁷

El proyecto de construcción nacional estuvo enfocado en la integración hacia el interior de la nación, con base en una política de educación primaria y la universalización del voto. Se sostenía la imagen del “crisol de razas” y se afirmaba a la vez que el modelo pluralista y republicano podría perdurar en Uruguay gracias a su carencia de bases indígenas.

Así es que esta matriz democrática, identificada también con un perfil cosmopolita de tendencia eurocéntrica, exaltando el legalismo y el culto a la excepcionalidad uruguaya, se sostenía sobre una base partidocrática, institucionalista y estatalista.⁴⁸ Estas primeras construcciones establecieron diferencias constitutivas para el país con respecto a sus vecinos latinoamericanos, que aún hoy se perciben en el imaginario de los sujetos: la homogeneidad racial y de origen garantizaba así un futuro próspero, con integración social y una mayor receptividad a lo que podrían considerarse “valores universales”. Desde este momento, la idea de nación uruguaya

⁴⁴ Entrevista a Gerardo Caetano, septiembre de 2008, en Loza, “Gritos urbanos en América Latina...”.

⁴⁵ *Loc. cit.*

⁴⁶ Hugo Achugar, “Uruguay, el tamaño de la utopía”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992; y Caetano, art. cit.

⁴⁷ Entrevista a Gerardo Caetano, septiembre de 2008, en Loza, “Gritos urbanos en América Latina...”.

⁴⁸ Caetano, *art. cit.*

contiene, al menos desde el campo intelectual, un elemento distintivo: el énfasis en la originalidad de lo uruguayo, aun cuando muchos de los elementos que se incluyen en esta construcción terminan siendo más epocales que uruguayos. Ello deviene en una muy difundida creencia en la excepcionalidad uruguaya, sobre todo en lo relativo a la preeminencia de cierta institucionalidad.⁴⁹ Se construyen así los pilares para el “mito de la sociedad homogénea”,⁵⁰ basado en una realidad empírica que muestra la inexistencia de grandes brechas entre los distintos sectores sociales del país. Por otro lado, la identidad uruguaya contiene, quizás de manera más evidente que en otros casos de construcciones identitarias, una fuerte carga de *otredad*: la originalidad uruguaya siempre es definida en relación con otro que es más poderoso, ya sea Argentina o Brasil.

El proyecto nacionalista no volvió a plantearse fuertemente en el país hasta la década de 1960, cuando los principales elementos de la síntesis identitaria mostraban signos de agotamiento. Se instala una perspectiva con matices latinoamericanistas, aunque caracterizada por la marginación de las expresiones culturales subalternas (la murga, el carnaval, el tango). Más tarde, la represión encarnada por la dictadura (desde 1973) revivió estas expresiones, que nutrieron el imaginario democrático y opositor al gobierno militar, como referencias imprescindibles para la identidad nacional.⁵¹ Para finales del siglo xx se observa un resurgimiento del debate sobre la construcción simbólica de la nacionalidad uruguaya, en un contexto en el que se plantean proyectos políticos como el del Mercosur, con un componente integracionista. Ello conduce a la pregunta sobre los imaginarios de los países regionales, dado que políticamente “han sido acuñados para estar solos y no juntos”.⁵²

Naciones y culturas en la idea nacional de México

Al igual que las demás naciones latinoamericanas, la mexicana es producto de un evidente esfuerzo estatal por la difusión y construcción de un proyecto político inclusivo, que además de unificar al interior permitiera posicionar a la nación en el entramado internacional.

⁴⁹ *Loc. cit.*, y Fernando Devoto, “Introducción”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.

⁵⁰ Alicia Migdal, “Imágenes simbólicas y realidades históricas”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992, p. 28.

⁵¹ Milita Alfaro, “Cultura subalterna e identidad nacional”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.

⁵² Methol Ferré, citado por Caetano, *art. cit.*, p. 90.

Las naciones mesoamericanas y andinas son categorizadas por Darcy Ribeiro como *pueblos testimonio*, pues sobreviven en ellas elementos de las culturas previas a la Conquista, a pesar de haber atravesado el proceso de aculturación y de reconstrucción étnica.⁵³ Caracteriza a estos pueblos un proceso de latinización en el que las masas indígenas preexistentes en el continente eran asimiladas como fuerza de trabajo del nuevo sistema productivo dependiente del imperio español. Se consolidó así un estilo de convivencia en el que dominaba el rechazo al europeo y en el que se transmitían fragmentos de los viejos valores comunitarios a través de las generaciones: “En el caso de los *Pueblos Testimonio*, la españolización y el establecimiento de nuevas instituciones ordenadoras jamás consiguió erradicar el cúmulo de costumbres, creencias y valores del antiguo *ethos*, incorporando en aquellas células iniciales y todavía hoy sobreviviente en el modo de ser sus pueblos modernos”.⁵⁴ Entre los *pueblos testimonio* que encuentra este autor, destaca México por su capacidad para constituir tempranamente su conciencia nacional, asumiendo una posición determinada frente al mundo y construyendo una imagen para la cual se recuperaron elementos de su herencia azteca-náhuatl.

Sostenemos que la *cultura nacional* responde a una configuración basada en determinados elementos, prácticas y espacios que tienden a su construcción, difusión y reproducción en el tiempo. Se trata de un conglomerado que incluye una versión propia de los saberes universales, un relato particular de cierta selección de hechos históricos y aquello que una comunidad, en la que se encuentran distintas clases sociales, indique como suyo.⁵⁵ En este sentido, se suelen destacar como espacios constitutivos de la cultura nacional mexicana el Estado, la familia, la Iglesia, el sistema educativo y los medios de comunicación masiva, primordialmente. Esta cultura nacional trasciende pertenencias de clase e intereses políticos, aun cuando no es completamente ajena a todo esto, sino que se encuentra atravesada por sus interrelaciones. El rol del Estado como patrocinador y sostén de este entramado cultural es primordial, en tanto es el legítimo ejecutor de programas y políticas tendientes a marcar fronteras (territoriales y simbólicas) y a difundir definiciones. La cultura nacional permite a las comunidades, entonces, entender el mundo y entenderse en él.

Los proyectos independentistas del siglo XIX se centraban en la construcción de una comunidad política que rescatara aquellos elementos que

⁵³ Ribeiro, *op. cit.*

⁵⁴ *Ibid.*, p. 87.

⁵⁵ Carlos Monsiváis, “Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano”, *Nexos*, núm. 109, enero de 1987, pp. 13-22.

daban cuenta de la existencia de una comunidad cultural, inmemorial y omnipresente, al mismo tiempo. En México, la crisis del imperio español condujo al levantamiento de los criollos contra quienes podrían dar por tierra con los logros de los tres siglos de Colonia, lo cual permitió la aparición de referencias a una identidad originaria, producto del encuentro de los españoles con los pueblos indígenas de la región. A partir de allí, será el *mestizaje* el elemento a destacar dentro de la promoción de una cultura nacional homogénea. El proceso al que da inicio la conquista española sobre lo que sería México permitió la conformación de una estructura étnica en la que los grupos originarios existentes en el territorio fueran sometidos por aquellos descendientes del proceso de mestizaje entre españoles peninsulares y criollos. Con la proclamación de la independencia, los criollos asumieron la legitimidad de la idea nacional y la vincularon con la construcción de la soberanía. La élite en el poder, los criollos, comenzaron un proceso de definición de las formas estatales, en el que los bandos conservadores y liberales se disputaban la posibilidad de definir el grado de intervencionismo del Estado, el rumbo económico a seguir y la posición de la nueva nación en la división internacional del trabajo.⁵⁶

A principios del siglo XIX se ubica el desarrollo de la *ideología del mestizaje*, sostén de la afirmación del criollo. Ya no sólo se valoraba la mezcla de sangres (existente desde los inicios de la Conquista), sino que se destacaba el efecto que los componentes americanos habían tenido sobre la sangre europea. Comenzaba a enfrentarse el pensamiento eurocéntrico como una manera de destacar la emergencia de un nuevo pueblo, con características propias pero legitimadas por la herencia.⁵⁷ La ideología del mestizaje sostuvo que la presencia de las comunidades indígenas pone en cuestión la existencia misma de la nación mexicana y que entonces ésta debía ser un proyecto a encarar por el Estado.⁵⁸ A fines del siglo XIX se retoma la nece-

⁵⁶ Francisco Salazar Sotelo, "Nación y nacionalismo en México", *Revista Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril de 1993, pp. 43-63; y Dení Ramírez Losada, *El amor a la patria en México. Antropología de una pasión*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades – BUAP, 2003.

⁵⁷ Guillermo Bonfil Batalla, "Sobre la ideología del mestizaje (o cómo Garcilaso anunció, sin saberlo, muchas de nuestras desgracias)", en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 35-48; y François-Xavier Guerra, "Introducción: epifanías de la nación", en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (eds.), *Imaginar la nación*, Hamburgo, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 1994, pp. 7-14.

⁵⁸ En torno a los hechos que fundamentaron la construcción de la identidad mexicana, es necesario destacar especialmente la construcción de la imagen de la Guadalupeana. En el siglo XVII, la dominación española sobre los pueblos originarios estaba bien establecida y no era demasiado cuestionada, y se observaban intentos de indianización de los elementos de la religión cristiana (Enrique Florescano, "Guadalupe de todos", *Nexos*, núm. 109, enero de 1987,

sidad de construir un México mestizo, idea que se afianzó con los mandatos de Juárez, Ocampo y Porfirio Díaz. El mestizo comenzaría a ser identificado como el portador del carácter nacional, especialmente con la llegada de la Revolución, y la educación sería entendida como el vehículo para la modernización y nacionalización de la sociedad. Un Estado que trabajaba por consolidar un poder centralizado permitía pensar estrategias en ese sentido.⁵⁹

En el siglo xx hubo planes específicos concernientes a la construcción de la idea nacional en el país, entre los que se cuentan el fomento de programas educativos y de proyectos culturales que daban cuenta de una idea de nación basada en elementos compartidos. Por su parte, los relatos históricos de los inicios de la nación comenzaban a incluir la participación de las clases populares, dando cuenta de la coexistencia de diversos nacionalismos que compartían un mismo horizonte. A inicios del siglo xx, la Revolución mexicana hizo del nacionalismo una cuestión de Estado explícita, asumiéndolo como la premisa ideológica de la unidad.⁶⁰ En un texto reconocido y ampliamente citado, Carlos Monsiváis destaca cinco etapas del nacionalismo popular mexicano a partir del levantamiento revolucionario. La primera, los primeros diez años, se denomina “la reaparición de México”; la segunda se caracteriza por el predominio del nacionalismo estatal y

pp. 29-35). Así es que los criollos fueron quienes lograron extender el culto a la virgen aparecida al indígena Juan Diego en el siglo xvi al resto de las clases sociales, cuando se comenzó a difundir entre toda la población la capacidad de esta imagen de hacer milagros. En el culto a la Virgen de Guadalupe se fundían los elementos de las antiguas religiones mesoamericanas, y los esfuerzos de los gobernantes españoles por establecer ese culto como parte de las festividades católicas no entraron en conflicto con la distancia que la misma evidenciaba con las imágenes españolas. Se hizo evidente la intención de nativizar a la Virgen, a su imagen, haciendo que la Guadalupe del Tepeyac se constituyera en símbolo de la Nueva España (Florescano, art. cit.). Al fundir las visiones apocalípticas cristianas junto con los símbolos de los pueblos indígenas de la nación, se evidenciaba la necesidad de esa imagen como condensadora de las demandas de identidad colectiva de las poblaciones subordinadas al culto traído por la Conquista. La influencia de la Guadalupana, o Tonatzin en los movimientos identitarios, en los proyectos nacionales, en los esfuerzos independentistas e incluso en proyectos políticos más contemporáneos, la pone en el centro de la autoafirmación de sectores populares y criollos: “Esta imagen sagrada de origen milagroso además de despertar una devoción ferviente, dio forma a los sentimientos patrióticos y forjó los signos de una identidad nacional que se quiso, en un principio, criolla, a la vuelta de los años indígena pero, eso sí, siempre guadalupana” (Ramírez Losada, *op. cit.*, p. 133). Así es que fue estandarte del cura Hidalgo, cuando el grito independentista, así como de Emiliano Zapata en tiempos de la Revolución. Se trata de una muestra clara de identificación de una nación con un mito fundacional (Ramírez Losada, *op. cit.*).

⁵⁹ Matthias vom Hau, “Unpacking the School: Textbooks, Teachers, and the Construction of Nationhood in Mexico, Argentina and Peru”, *Latin American Research Review*, vol. 44, núm. 3, 2009, pp. 127-152.

⁶⁰ Monsiváis, “Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano”.

abarca los siguientes veinte años; la tercera comprende otras dos décadas en la etapa de la unidad nacional y comprende otras dos décadas; la cuarta es la etapa en la que emerge la sociedad de masas; y por último, a partir de la década de 1980, comienza la etapa que denomina de “postnacionalismo en la crisis”, en la cual se observa la convivencia de localismos emergentes y elementos globalizadores.⁶¹

Los primeros años de la Revolución, la primera etapa que describe Monsiváis, se caracterizan por la incorporación masiva de los sectores subalternos a la idea nacional, a los derechos de ciudadanía, que se traducirá en una lealtad a los caudillos revolucionarios a cambio de la consecución de beneficios sociales. Francisco Zapata propone pensar el *nacionalismo revolucionario* como una de las corrientes latinoamericanas que propugnaron una forma particular de entender a la nación.⁶² Así, esta corriente está estrechamente ligada a los pensadores de la Revolución mexicana, entre los que se destacan Luis Cabrera, José Lombardo Toledano y José Vasconcelos. El componente nacionalista y de revalorización de los recursos propios es el eje central de estas ideas y es el que fundamenta el proyecto de unidad social promovido desde el Estado. Éste se convierte en un actor central para el desarrollo económico y político, haciendo concesiones a sectores diversos de manera de lograr cierta conciliación de intereses. Aquí es el componente cultural el objeto central de las apelaciones, como fundamento de la unidad nacional.

Durante el siglo xx, las políticas estatales de ampliación del sistema educativo y mecenazgo de la actividad artística daban cuenta de cierto pragmatismo y afán de inclusión de la diversidad en la idea nacional. A mediados del siglo, comienza a relacionarse ese carácter nacional con la herencia europea contenida en el criollismo. El Estado revolucionario asume la difusión de las ideas del indigenismo. Así, “lo auténticamente mexicano, la ‘mexicanidad’ ya no sólo son las tradiciones prehispánicas sino la preocupación por el bienestar de los indios –herederos legítimos de las mismas, y su incorporación al proyecto nacional”.⁶³

La segunda etapa es la de los grandes proyectos educativos, en la que el muralismo y la alfabetización convierten a la doctrina nacional en un bien masivo. El gobierno revolucionario difunde una selección de héroes, obras artísticas, consignas y rasgos que permitirán identificar a México y al gobierno que promueve dicha nación. Aun cuando lo regional sigue siendo preponderante, se trabaja por construir y transmitir un sentido unívoco

⁶¹ *Loc. cit.*

⁶² Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.

⁶³ Ramírez Losada, *op. cit.*, p. 84.

de la nacionalidad. La tarea propuesta era la de construir una conciencia nacional, rompiendo con las visiones particularistas que respondían a pertenencias regionales, para “conferir significados y órdenes precisos a los hechos históricos para proyectar en el imaginario colectivo la idea de una comunidad de vocación y destino”.⁶⁴

La etapa siguiente es la de la modernización industrial, lo cual ameritó un llamado a la unificación de los sectores sociales, bajo la consigna de la Unidad Nacional propuesta por el gobierno de Manuel Ávila Camacho. Anteriormente, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, se había logrado la nacionalización de la explotación petrolera en el país.⁶⁵ Este evento constituye aun hoy un objeto de orgullo y de referencia nacionalista entre los mexicanos.

La cuarta etapa, que abarca de 1960 a 1980, evidencia un acercamiento mayor al vecino norteamericano, el avance de la tecnologización, el alejamiento cada vez más profundo de lo urbano con lo campesino y la solidificación del poder del Estado en la vida cotidiana de la comunidad. La diferencia cualitativa con la etapa anterior radica en el alejamiento del nacionalismo –en especial el nacionalismo revolucionario– de la cotidianidad de la población. Es aquí cuando el nacionalismo se evidencia más fragmentado, cuando los movimientos masivos dan cuenta de disrupciones y anhelos de cohesión interna, ante un sistema que se muestra excluyente. Se observan diferencias entre el nacionalismo oficial y el que las masas proclaman como el único real, fragmentado pero no por ello menos vital.⁶⁶ El final del siglo xx parece ser testigo de la fragmentación, de las múltiples interpretaciones, del nacionalismo difuso pero arraigado en los sectores populares. El nacionalismo mexicano contemporáneo se llena de escepticismo, de desconfianza frente al gobierno, de sentimientos antiimperialistas y de temores con respecto al futuro de la nación. La exaltación de los localismos y la consiguiente fragmentación de la idea de nación llevan a Monsiváis a hablar de *postnacionalismo*, en tanto se percibe como muy difundido el sentimiento de fracaso de la nación mexicana de englobar a todos

⁶⁴ Roberto Gutierrez López y José Luis Gutiérrez, “En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano”, *Revista Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril de 1993, p. 91.

⁶⁵ En 1938 el presidente Lázaro Cárdenas logró la expropiación de la explotación de las riquezas petroleras que se encontraban en manos de capitales extranjeros, con que pasaron a ser propiedad del Estado mexicano. Se trató del resultado de un largo proceso de conflictos en los que se denunciaba la explotación de los trabajadores por las empresas radicadas en el país. La Ley de Expropiación fue aplicada a diecisiete empresas petroleras.

⁶⁶ Monsiváis, “De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional”, en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 31-46.

sus integrantes. Se detectan, a fines del siglo XX, un nuevo sincretismo en el que aún conviven valores tradicionales y modernos con visiones menos reverenciales ante la historia nacional y los símbolos patrios.⁶⁷

La coexistencia actual de “muchos Méxicos” es usualmente entendida como un indicador de la disfuncionalidad del nacionalismo mexicano.⁶⁸ Sin embargo, sería pertinente evaluar la posibilidad de que la multiplicidad étnica pudiera ser comprendida por una misma nacionalidad, aunada bajo un relato histórico ficcional pero ampliamente difundido y legitimado. Sería interesante considerar si, en el caso mexicano primordialmente, no es el proceso por sobre los elementos lo que hace a la construcción de una idea nacional, que no será por ello menos efectiva (en términos de capacidad de aglutinación) que aquellas fundadas en unidades étnicas o lingüísticas. Aunque es una tendencia difundida la de describir a la identidad nacional propia como incompleta, o menos arraigada que las de las otras naciones, las consideraciones intelectuales sobre el presente de la mexicanidad coinciden en señalar la existencia de una profunda apatía y descreimiento en el entramado simbólico de esa nación. Esos elementos conviven con el apego a los símbolos, los sentimientos de pertenencia que se observan frente a determinadas causas regionales y el deporte, ciertas movilizaciones de opinión, que aún se apoyan en referencias al espacio cultural compartido. El machismo, la desconfianza entre clases, el antiimperialismo y los sentimientos comunitarios relacionados con los elementos antiguos se sostienen como factores persistentes en esta configuración identitaria.⁶⁹ A pesar de todo ello, no se está cerca de anunciar el derrumbe del nacionalismo mexicano, y se sigue sosteniendo que el mismo funciona como una estrategia de supervivencia que sobrevive a la difundida idea del fracaso del proyecto estatal.

REFLEXIONES FINALES

Una nación no puede nunca ser considerada como algo dado, como algo que permanecerá fijo en el tiempo. Para comprender su funcionamiento y, más aun, su gestación, es fundamental una teoría social que tenga en cuenta su carácter de artefacto cultural, su temporalidad, pero a la vez la influencia de las luchas internas y externas que la constituyen como tal y la acompañan

⁶⁷ Roger Bartra, “Crisis cultural e identidad en la condición posmexicana”, en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*, Bogotá, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 93-105.

⁶⁸ Salazar Sotelo, art. cit.

⁶⁹ Monsiváis, “De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional”; y Valenzuela Arce, art. cit.

a lo largo del tiempo. Los esfuerzos teóricos deconstruccionistas han puesto un quizás excesivo énfasis en desandar el camino de formación de identidades nacionales, anunciando la desaparición de las fronteras geopolíticas. Esta *hermandad esencializada* en la que muchas veces se apoyan los proyectos políticos integracionistas impide comprender la importancia cognitiva, política, económica y cultural de los Estados-Nación.⁷⁰

La mirada que implanta una homogeneización entre identidades nacionales cercanas física o históricamente es peligrosa en tanto oculta las diferencias culturales que viven los actores protagonistas de esas identidades. En el caso de Argentina y Uruguay, estas diferencias no pueden dejarse de lado. Las percepciones mutuas que ambos países construyen han ido variando a lo largo de su historia y no pueden ocultarse bajo proyectos integracionistas que buscan eliminar diferencias como un medio para garantizar su eficacia. Es decir, es importante partir de la base de los elementos que comparten estas construcciones (un pasado en común, similar composición migratoria y grado de homogeneidad e integración social, a la vez que ciertas tradiciones culturales compartidas que permiten hablar de una identidad rioplatense), a la vez que poder ver más allá de esas uniformidades que las acercan.

Actualmente, ante la modificación de los mapas simbólicos históricos y los esfuerzos revisionistas por desnaturalizar esas integraciones nacionalistas, las configuraciones identitarias nacionales siguen teniendo sentido aun cuando exceden a las fronteras políticas. Las tradiciones culturales de las naciones latinoamericanas se resignifican, pero se refuerzan a la vez, ante el panorama globalizador. Las naciones latinoamericanas ya no pueden dejar de enfrentar, en este sentido, la pregunta acerca de los sectores sociales realmente incluidos en la construcción de esas identidades. Estos sectores, muchas veces agrupados en movimientos sociales, plantean búsquedas relacionadas con la autogestión, que implican la necesidad de repensar las identidades tradicionales de modo que incluyan la complejidad sociocultural contemporánea.⁷¹

La nacionalidad mexicana enfrenta hace tiempo la discusión acerca de la multiculturalidad y la posibilidad de contener en un mismo entramado nacional a distintos componentes étnicos, bajo un paradigma de respeto mutuo. En este sentido, resulta urgente sostener una línea de investigación que pueda percibir la coexistencia de muchos Méxicos, que aportan a una idea

⁷⁰ Alejandro Grimson, "El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad", en A. Grimson (comp.), *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, Buenos Aires, La Crujía, 2000, pp. 201-231.

⁷¹ García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*.

de nación que parece no derrumbarse pese a esa multiplicidad intercultural. Lo cierto es que las transformaciones recientes hacen tambalear al mundo multicultural, y los Estados como ordenadores de la coexistencia de grupos en territorios acotados –las naciones– se vuelven insuficientes ante la expansión de las mezclas interculturales. De un mundo multicultural se ha pasado a uno intercultural globalizado.⁷² Las concepciones multiculturales admiten la diversidad de culturas, subrayando las diferencias existentes entre ellas y dando lugar a políticas relativistas de respeto mutuo. La interculturalidad remite a la confrontación y el entrelazamiento que tiene lugar cuando distintos grupos entran en contacto, sin perder sus características particulares ni aun entablando una relación que pueda suponer la construcción de una nueva instancia simbólica que los agrupe.

Aun cuando los relatos históricos sobre la pertenencia se están poniendo en cuestión, continuamente, en el marco del reclamo y reflexión sobre los derechos ciudadanos,⁷³ los discursos de los diferentes sectores sociales latinoamericanos no parecieran apuntar a la demolición de la nación y de las adscripciones regionales, sino al reclamo por la reconstrucción de esas referencias sobre nuevas premisas. Ello da cuenta de que la nación continúa siendo decisiva en la estructuración de los marcos interpretativos de los sujetos; permanece como objeto de un debate urgente para las ciencias sociales, que deberá dar cuenta de esfuerzos en pos de ampliar el bagaje conceptual sobre la nación y sus identificaciones.

BIBLIOGRAFÍA

Achugar, Hugo, “Uruguay, el tamaño de la utopía”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.

———, “Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI”, en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*, Bogotá, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 75-92.

Alfaro, Milita, “Cultura subalterna e identidad nacional”, en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1991.

⁷² Néstor García Canclini, *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa, 2004.

⁷³ Véanse: Esteban Vernik, “La nación que somos”, en E. Vernik (comp.), *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Buenos Aires, Prometeo, 2004; y Grimson, “Prefacio”, en Roberts Portes y A. Grimson (eds.), *Ciudades latinoamericanas: una análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

- Balibar, Étienne, "La forma nación: historia e ideología", en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid, ICALPE, 1991, pp. 86-106.
- Bartra, Roger, "Crisis cultural e identidad en la condición posmexicana", en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginarios de nación: pensar en medio de la tormenta*, Bogotá, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 93-105.
- Billing, Michael, *Banal Nationaslm*, Londres, SAG, 1995.
- Bonfil Batalla, Guillermo, "Sobre la ideología del mestizaje (o cómo Garcilaso anunció, sin saberlo, muchas de nuestras desgracias)", en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 35-48.
- Caetano, Gerardo, "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.
- Campi, Alessandro, *Nación. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.
- Chatterjee, Partha, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Clacso/Siglo XXI, 2008.
- Cordova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, Era, 2008.
- Devoto, Fernando, "Introducción", en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.
- Elias, N., *Os alemães*, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1997.
- Fanlo, Luis, "Emergencia de la matriz militar-discursiva argentina: el discurso de Leopoldo Lugones", en *Discurso y argentinidad*, publicación electrónica de la Cátedra Sociología de la Argentinidad, año 1, núm. 1, Buenos Aires, 2007, pp. 2-30.
- Fichte, Johann, *Discursos a la nación alemana*, Buenos Aires, Americalee, 1943.
- Florescano, Enrique, "Guadalupe de todos", *Nexos*, núm. 109, enero de 1987, pp. 29-35.
- Funes, Patricia, "Nación, patria, argentinidad. La reflexión intelectual sobre la nación en la década de 1920", en W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. Villarruel (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- García Canclini, Néstor, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- , *Diferentes, desiguales y desconectados: mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- González, Jorge, "Introducción", en J. González (ed.), *Nación y nacionalismo en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia / Clacso, 2007, pp. 7-28.
- Grimson, Alejandro, "El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad", en A. Grimson (comp.), *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*, Buenos Aires, La Crujía, 2000, pp. 201-231.
- , "Prefacio", en Roberts Portes y A. Grimson (eds.), *Ciudades latinoamericanas: una análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- , "Introducción", en A. Grimson (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 8-35.

- Guerra, François-Xavier, "Introducción: epifanías de la nación", en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (eds.), *Imaginar la nación*, Hamburgo, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 1994, pp. 7-14.
- Gutiérrez López, Roberto y José Luis Gutiérrez, "En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano", *Revista Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril de 1993, pp. 87-101.
- Hobsbawm, Erik, J., *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992.
- Loza, Jorgelina, "Gritos urbanos en América Latina. Representaciones sobre la nación y la región en movimientos sociales de Buenos Aires y Montevideo", tesis de maestría, IDAES-UNSAM, 2009.
- , "Las naciones rioplatenses: la construcción de percepciones contemporáneas sobre la nación en militantes uruguayos y argentinos", *Revista de Ciencias Sociales*, año 2, vol. 2, 2011.
- Mallón, Florencia, *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*, México, Ciesas / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán, 2003.
- Martin-Barbero, J., "Los bicentenarios latinoamericanos: nación y democracia. Nuevos malestares en lo nacional", en J. Nun y A. Grimson (comps.), *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Migdal, Alicia, "Imágenes simbólicas y realidades históricas", en Hugo Achugar y Gerardo Caetano (comps.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992.
- Monsiváis, Carlos, "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano", *Nexos*, núm. 109, enero de 1987, pp. 13-22.
- , "La identidad nacional ante el espejo", en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 67-72.
- , "De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional", en J. Martín-Barbero (coord.), *Imaginario de nación: pensar en medio de la tormenta*, Ministerio de Cultura de Colombia, 2001, pp. 31-46.
- Palti, Elías, "La nación argentina entre el ser y el acontecimiento. La controvertida plasmación de una visión genealógica del pasado nacional", en G. Palacios (coord.), *La nación y su historia. América Latina, siglo XXI*, México, El Colegio de México, 2009, pp. 17-37.
- Ramírez Losada, Dení, *El amor a la patria en México. Antropología de una pasión*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades – BUAP, 2003.
- Renan, Ernest, "¿Qué es una nación?", en A. Fernández Bravo, *La invención de la nación*, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 53-66.
- Ribeiro, Darcy, *As Americas e a civilização. Processo de formação e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*, São Paulo, Companhia das Letras, 2007.
- Rosaldo, Renato, "Reimaginando las comunidades nacionales", en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 191-202.
- Sabato, Hilda, "República y nación en América Latina: notas breves sobre una histo-

- ria turbulenta”, en J. Nun y A. Grimson (comps.), *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Salazar Sotelo, Francisco, “Nación y nacionalismo en México”, *Revista Sociológica*, año 8, núm. 21, enero-abril de 1993, pp. 43-63.
- Terán, Oscar, “Representaciones de la deriva argentina”, en J. Nun y A. Grimson (comps.), *Convivencia y buen gobierno. Nación, nacionalismo y democracia en América Latina*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Valenzuela Arce, José, “Identidades culturales: comunidades imaginarias y contingentes”, en J. Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1992, pp. 49-66.
- Vernik, Esteban, “La nación que somos”, en E. Vernik (comp.), *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.
- Vernik, E., V. Salvi y J. Loza, “Imágenes de la nación y la globalización. La posibilidad de explorar representaciones de la nación desde la recepción de discursos televisivos”, ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, La Plata, diciembre de 2008.
- Vom Hau, Matthias, “Unpacking the School: Textbooks, Teachers, and the Construction of Nationhood in Mexico, Argentina and Peru”, *Latin American Research Review*, vol. 44, núm. 3, 2009, pp. 127-152.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1991.
- Williams, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980.
- Zapata, Francisco, *El conflicto sindical en América Latina*, México, El Colegio de México, 1986.
- , *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.